

9/6/84-

RODOLFO GALIMBERTI

**EL PERONISMO
Y LA CRISIS DE
LA DICTADURA**

INTRODUCCION:

Que al capitalismo dependiente en nuestro país lo afecta una grave crisis es una verdad universalmente aceptada. Pero esta afirmación, que a fuerza de ser repetida se ha convertido en un lugar común, desprovista de otras precisiones, nada aporta a la necesidad de encontrar una resolución a esa crisis en términos que favorezcan a los intereses populares, por eso, contribuir a definir su carácter, identificar a sus protagonistas de clase, comprender las alteraciones que impuso en el panorama político y como corolario, proponer una alternativa transformadora que de satisfacción a las aspiraciones de las mayorías, es una responsabilidad inalienable para la militancia peronista.

Lo que algunos llamaron pomposamente, "el reordenamiento del capitalismo argentino en el marco de la crisis mundial" no fue sino, la respuesta de emergencia de las clases dominantes, que ofrecieron una interpretación tergiversada del desarrollo argentino y del papel de las fuerzas sociales que lo protagonizaron. Esta interpretación que enmascaraba un plan de achicamiento del país, exigía la subordinación a una élite que respaldada por el capital financiero internacional debía perpetuarse en el poder, aplastando con el concurso de las FF.AA a todas las corrientes políticas de la Argentina moderna.

Esa idea de la nación a la medida de sus intereses, que fue impuesta coercitivamente durante cinco años, ha tropezado con la terca realidad y ha salido maltrecha, no sin haber ocasionado la mayor devastación que ha conocido nuestro país en este siglo.

Así como William Pitt proponía enrollar el mapa de Europa por veinte años frente a la pujanza de la aventura napoleónica, no faltaron los estrategas de nervios débiles que no encontraron otra alternativa que enrollar el mapa de la Argentina ante la arrogancia de los césares criollos. En el otro extremo de la impotencia, insensibles al derrumbe como hipnotizados por el desastre, están los que siguieron hablando un lenguaje de vísperas, recitando un monólogo que niega la evidente derrota padecida; pero, también, la posibilidad de la victoria, si ésta no se ajusta al esquema previo que garantiza su hegemonía.

Pero la historia no se detuvo con ellos.

Al mismo tiempo que las clases propietarias endurecían su discurso ideológico en el inútil intento de imponer el paradigma que sacralizase la dominación, la militancia popular recorría el camino inver-

so. Desde la frustración y la derrota, desideologizaba la política, rompía con los dogmas y buscaba reencontrarse con la Argentina profunda.

Solamente desde ese reencuentro fue y es posible la participación en la resistencia, la que a travez de las luchas reivindicativas y con la defensa de los derechos humanos frenó al plan de Martinez de Hoz y hoy desestabiliza a Viola.

Esa resistencia inorgánica y todavía dispersa estuvo sin embargo unida por una sólida conciencia política colectiva, conciencia amorozada por la represión pero no extinguida como supusieron algunos.

Para escarnio de los justificadores de la defección ahora se comprueba que, por debajo del desastre ocasionado, en lo esencial, nada ha cambiado. Subsisten las mismas causas que motivaron por décadas la rebeldía popular y las mismas fuerzas que una vez nos llevaron al triunfo están presentes y pugnan por expresarse.

Hoy, mientras se precipita la debacle económica, una Argentina estupefacta e indignada, observa como Viola pretende desde el mismo modelo de dominación ideológica y política, pero privilegiando a otro sector de las clases dominantes, construir una base de sustentación que impida el hundimiento definitivo de la dictadura.

Por encima de las debilidades y las traiciones previsibles, su intento será resistido victoriosamente por el país popular.

Quienes estamos convencidos de que el anhelo mayoritario de democracia social y convivencia en paz son inseparables de la necesidad de un cambio profundo que permitirá construir un país distinto y mejor, tenemos que tener el valor de proclamar, sin estridencias, sensata, pero firmemente, que la Argentina tiene una revolución pendiente y ésta es, implacablemente antioligárquica.

Como intento de contribuir con la militancia de esa revolución, que no dudamos es peronista, fueron escritas las páginas que siguen.

La desarticulación del bloque, aparentemente homogéneo, que garantizaba la hegemonía de la élite Martínez de Hoz, plantea una situación nueva y distinta.

El discurso, que a la élite le permitió aparecer sintetizando las contradicciones entre los distintos sectores de las clases dominantes e instrumentar así, durante cinco años a las FF.AA. (1), se ha agotado. Resulta útil intentar una aproximación al fenómeno de la desagregación de este bloque inicial que engendró al 24 de marzo del 76'

La primera en advertir que el plan no estaba concebido a la medida exacta de sus necesidades, (es decir, que saldase a su favor, en forma definitiva la contradicción que la enfrenta con la burguesía industrial) fue la gran burguesía agraria, fue, en consecuencia, la primera en señalar sus diferencias. Hay que recordar las renunciadas en la Secretaría de Agricultura, o las tempranas quejas de Aguado. Sin embargo, eludió el enfrentamiento hasta el final y jugó, astutamente, desde adentro del bloque la defensa de sus intereses, obteniendo en la primera etapa, las mayores ventajas.

Pionera en la oposición, fue la burguesía industrial mediana y pequeña, que hasta fines de 1977, había confiado en que el golpe la salvaría, porque la rescataba del caos generalizado y del asedio de los "subversivos", (confundiendo, intencionadamente, la política de las organizaciones armadas con los reclamos obreros, que como nadie ignora, no siempre eran lo mismo) (2) .

(1)- Sabemos que esto no es exactamente así, las vinculaciones entre el poder militar y las clases dominantes en Argentina son más complejas de lo que aparecen en esta descripción simplificada, que sirve, solamente, al análisis y que no pretende ignorar la servidumbre ideológica, los múltiples lazos materiales, ni el imbricado entre el aparato del estado y las clases propietarias. Pretende sí, señalar que ésta situación no es, necesariamente, irreversible. El problema central de la oligarquía radica en que carece de una base social extensa, no tiene, en consecuencia, un partido que represente, orgánicamente, sus intereses. Esta es la razón de fuerza mayor que la lleva a recurrir al poder militar. Pero éste y la oligarquía no han sido siempre y necesariamente, la misma cosa. El intento de Harguindeguy de construir un movimiento de "centro derecha", que cumpla el papel del Partido Conservador, fracasó. No dispondrán, como antes de los 60', de las clases medias. La añorada república oligárquica no puede ser refundada, mal que le pese a algunos intelectuales temblorosos, original categoría de derrotados que no han combatido jamás y a los que las victorias populares los toman siempre de sorpresa. Estos esperaban que se acabarían los sobresaltos y que Martínez de Hoz triunfaría en remodelar a la sociedad argentina, borrando la herencia histórica del peronismo. Se apresuraron, entonces, a desempolvar a J.B. Justo y presentar a su respetable viuda como alternativa fresca. Y esto no pretende ser un juicio sobre las posiciones de los compañeros de la Confederación Socialista de Argentina, sino sobre la deshonestidad intelectual de sus novísimos adherentes en el exilio. Conglomerado unido por el oportunismo que en general ha recorrido el mismo periplo, del stalinismo al ultraizquierdismo y de ahí al pro-montonerismo, para ahora descubrirse "socialistas" en el intento de mendigar en los medios socialdemócratas. Pero lo anterior es un problema menor, lo que nos interesa subrayar es que la oligarquía está condenada al autoritarismo y lo sabe, no lo ignoremos nosotros. Esto pone a las FF.AA. en el centro del problema y ésta comprobación no creemos que nos convierta en "socialistas árabes", ni que aproxime nuestra política a la que practican la degradada subespecie del derrotismo que constituyen los "chupados voluntarios", porque coincidimos con Cooke, en que "... Si algún reencuentro se llegase a producir entre pueblo y FF.AA., o parte de ellas, no ha de ser por ~~un~~ predestinación en que simulan creer los burócratas para ahorrarse los sacrificios del enfrentamiento y jugar a precursores, sino, que será, también, un producto de las luchas de masas. No es en el quietismo y la sumisión como se debe encarar esta etapa"...

(2)- Este sector fue cómplice y beneficiario de la represión anti-obrera. Sin embargo hoy debe ser reconvocado, no como aliado táctico para intentar reconstruir un perimido frente nacional, sino, para participar en la reformulación de un modelo distinto y original del movimiento nacional; pero para esto, debe autocriticarse de su cacareo contra la "guerrilla fabril" y comprender, que en las condiciones que le ofrece el desarrollismo, está condenado a la extinción por el proceso de concentración monopólica. Si insiste en ensayar la acumulación a través de la superexplotación, estará nuevamente, en la primera línea del enfrentamiento social y del bando contrario a sus intereses históricos. Debe aceptar, definitivamente, que solo no superará su debilidad para enfrentarse con la oligarquía. La revolución peronista no se sumará al macaneo de "izquierda" o de derecha, que coincide en ocultar su impotencia, e inventa así, para explicar su fracaso la "indisciplina social" o la "desestabilización de la ultrazquierda", para a continuación negar, alegremente, la posibilidad de un modelo de crecimiento con participación popular; en otras palabras, que se pueda desarrollar el país y repartir la riqueza al mismo tiempo. La revolución peronista no está contra cualquier concertación, pero sí, contra la que, para no enfrentar a la oligarquía, margina a la clase obrera de las decisiones políticas y pretende otorgarle la hegemonía a una clase que ha demostrado su incapacidad, en cada ocasión que se le ha presentado. Reiterar el ensayo es reiniciar el ciclo que conduce a una nueva frustración, la única diferencia es que ésta vez, ni siquiera se llegará al gobierno.

El idilio duró hasta que Martínez de Hoz y la Policía Federal terminaron con el gelbardismo propiamente dicho y sus estructuras, llegó, entonces, la hora de la verdad, porque se comprobó que el conjunto de medidas instrumentadas tenía por objeto desmantelar a todo el sector. Recién entonces, comenzó el "Clarínazo" frondizista, que vio que se le allanaba el camino para reconstruir su deteriorado liderazgo sobre la burguesía más-o-menos nacional para desde allí intentar plantear la alianza con alguna, todavía ignota corriente militar, más-o-menos industrialista. Este guiso añejo recalentado que es la versión frigerista del "movimiento nacional", estuvo a punto para ofrecerse como alternativa, cuando el reinado de Martínez de Hoz se vino abajo y los occidentales cristianos, con la gorra encasquetada hasta las orejas, empezaron a otear por donde salir del desastre. Solo falta, lógicamente, el peronismo, que debería poner, "disciplina social" mediante, el ingrediente fundamental: el consenso de las masas. En ese objetivo se empeñan hoy.

El discurso lo conocemos, luego de lanzar algunos elogios de compromiso sobre lo aprovechable de la obra realizada (la masacre) y murmurar dos o tres frases vagas contra el imperialismo, (evitando, cuidadosamente, identificarlo en términos concretos) se pontifica sobre la necesidad de la reconciliación nacional, (es decir, abrazar a Mitre con el Chacho o a Aramburu con Valle), para, finalmente, con gravedad de empleados de pompas fúnebres, ofrecer dos servicios: el sencillo (es más barato) la "profundización del proceso", que consiste en que le den a ellos, ya, el Ministerio de Economía, o el de lujo (más costoso) marchar hacia las elecciones, en las que los peronistas nos beneficiaríamos de la curatela de ellos.

Por ahora, con ciertos altibajos, pareciera que el plan, en cualquiera de las dos variantes, les funcionara. Contribuye a este espejismo, el raquitismo ideológico de algunos elementos de la conducción supérstite del Partido Justicialista y el vacío de respuestas del campo revolucionario, que no se dió ninguna política de alianzas, porque no tenía un análisis correcto de la crisis del movimiento nacional ni una propuesta alternativa. (3)

(3)- Asistimos, después del 78', en la Argentina y en el exilio, a una revalorización de Gelbard. Los que pilotan la operación de rescate son, sin excepción, antiguos detractores. Entre quienes hacen política, hay quien llegó más lejos. Poco antes de la muerte del ex-ministro, se intentó componer con él una alianza, con gran beneplácito de éste, pero, en fin, como de costumbre, era tarde. Sin embargo la tarea fundamental que es proponer un modelo de alianza distinto dentro del movimiento nacional, que permita concluir la tarea histórica iniciada por la primera etapa peronista, no parece constituir una preocupación en estos medios. Sin ésta es imposible una política de poder que permita superar el estadio actual de la resistencia.

Nos extendemos sobre la recomposición de fuerzas que produjo el pronto alejamiento de este sector del bloque autoritario de la élite, porque son cuatro años de vinculaciones tejidas desde la oposición, lo que explica que hoy, haya dirigentes peronistas que "suscriban" (sic) los documentos del MID, que Frondizi descubra que le preocupan los desaparecidos, o que economistas, de conocida ortodoxia peronista, dejen publicar un documento que es, en esencia desarrollista, aunque sus redactores sean socialcristianos.

Pero no hay que inquietarse demasiado, aunque estas maniobras se ensamblen con la estrategia de Viola, no todo va funcionar como un mecanismo de relojería. Veamos, por ejemplo, este último grupo, los vivos de las "jornadas", al igual que otros advenedizos que medran con la desorganización del movimiento, proponen lo mismo que los desarrollistas auténticos, pero claro, el negocio con Viola quieren hacerlo ellos, y esta actitud es la generalizada entre esta clase de avivados. En consecuencia, no van a tardar mucho en empezar los empujones entre ellos, Frigerio y otros colados que conciben al peronismo como un bien mostrenco, vehículo apto para cualquier política. Además, el MID, ya tiene una pata en el gobierno (Camilión) y espera el hundimiento del inepto de Sigaut para avanzar, porque la "real politik" le debe aconsejar a Rogelio manotear en el desorden del preámbulo aperturista, en vez de someterse a los avatares de "revolución nacional", en versión democrática electoral, ya que no ignora que es tan improbable que los elementos conciliacionistas sean capaces de controlar al peronismo movilizado, como que las masas los reconozcan como su conducción.

El problema principal de la militancia peronista, no es combatir contra el frondizismo, sino, contra el neo-desarrollismo que conspira desde algunos niveles del movimiento aprovechando su desorganización.

La clase obrera y el conjunto de las masas asalariadas no están dispuestas a sacrificarse para que la burguesía nacional más concentrada, aliada al capital extranjero, se desarrolle. No hay futuro posible para este proyecto y menos aún, y esto es fundamental, si insisten en no tocar los intereses de la oligarquía, que es, justamente, el meollo de lo que proponen. Es lógico. Hoy, la actitud de la burguesía industrial frente a la oligarquía es más vacilante, aún, que en el '73. Es el reflejo de su fragilidad material, consecuencia de la desestructuración del perfil industrial bajo el embate de Martínez de Hoz y de la dependencia creada por la necesidad de aumentar las exportaciones agrarias para resolver el endeudamiento externo.

A esta altura, conviene reiterar, que la posición de la revolución peronista no es negar la necesidad de la alianza, eso llevaría a proponer la guerra eterna, sino, discutir qué papel le cabe en ella a la clase obrera y quien controlará, en un eventual gobierno popular, las palancas del estado y en consecuencia, que política tiene que seguir el movimiento nacional con la oligarquía.

Continuamos, entonces, con el desarrollo anterior sobre la disolución del frente autoritario.

A la burguesía industrial nacional, mediana y pequeña, se le sumó, progresivamente, el sector rural de cultivos no prioritarios del interior del país ⁽⁴⁾ y luego, cuando fue obvio que la famosa apertura de la economía y la fábula de las ventajas comparativas, se traducían, nada más, que en la contracción del mercado interno y el sueño de exportar industria se esfumaba, junto con el mito de las inversiones en el sector productivo, el gran capital monopólico ⁽⁵⁾, salvo contadas excepciones, le retiró el apoyo.

Por último, la oligarquía terrateniente, nadando en oro, beneficiada por la coyuntura internacional (alza sostenida de los precios de los cereales, bloqueo de EE.UU a la URSS), irritada por el retraso cambiario y por una política que no le permitía desplegar todo su poderío, ya que, en esencia, beneficiaba, prioritariamente, al capital financiero internacional y en particular, al "gang" Martínez de Hoz, renegó, también, de su antiguo profeta. Llegó, entonces, la hora del fin inglorioso.

(4) - La crisis crónica de este sector es anterior al plan Martínez de Hoz y responde al fenómeno de la concentración monopólica y a la imposibilidad de exportar en condiciones competitivas. De cualquier manera, la pérdida del valor adquisitivo de los salarios, que afectó el consumo, el aluvión de importaciones, la orientación de los créditos y en general, el abandono de las provincias a la suerte de sus magros presupuestos, terminó de sumergirlos.

Esta franja tenía menos posibilidades de reconvertir su capital hacia formas especulativas, como lo hizo, en parte, el sector industrial, que rumiaba su impotencia leyendo el suplemento económico de Clarín en Río de Janeiro o Miami. Así, los productores rurales medianos y pequeños se defendieron de la ruina, organizando protestas que inscriben su acción en la resistencia del campo popular. De la boca de uno de ellos, el presidente de las Cooperativas del Valle de Uco, viene la única reivindicación pública de las luchas de los 70' hecha en cinco años, en recuerdo del "Rocazo".

(5) - Es importante apuntar que éste, conocedor de la verdadera naturaleza del plan, buscó acomodarse desde el principio. La ida de General Motors, en el marco del menado redimensionamiento de la industria automotriz, que le otorgó la supremacía absoluta a la Ford, en detrimento de las plantas europeas: Renault, Fiat, Peugeot, Citroen -éstas últimas obligadas a fusionarse y ahora, al borde del cierre definitivo-prueba esto.

Recordemos que, al mismo tiempo que el trilateralista Agnelli explicaba en un largo reportaje en Le Monde porque Fiat derivaba sus inversiones a Brasil, deslizando una dura crítica a Martínez de Hoz; Courard, presidente de la Ford en Argentina, desplegaba solicitadas de páginas enteras celebrando el aniversario del golpe de estado. Este tipo de contradicciones que abundaron durante la gestión del ex-ministro, hechan por tierra los análisis catastrofistas fundados en la inserción del plan de Martínez de Hoz, en la supuestamente monolítica e imparable estrategia de la Trilateral para el área, al margen del saqueo que el capital financiero internacional vió entusiasmado que se podía organizar a través de un conjunto de mecanismos, de los que las tasas de interés eran la última rueda.

La quiebra de este proyecto dejó el campo libre para la renegociación con los monopolios. Este espacio esta siendo hábilmente ocupado por el frondizismo, que ha movilizad todos sus contactos en el mundo europeo, en apoyo de Viola. Aparte de las suculentas comisiones que van a embolsar, convendría prevenirles, a quienes las van a pagar, que están comprando fruta podrida. No habrá estabilidad que asegure la rentabilidad de ninguna inversión.

Algo muy importante que constituye el telón de fondo y que hay que tener presente para cualquier análisis, es la resistencia obrera, que fue el elemento central que hizo fracasar el plan Martínez de Hoz (como lo reconoció el propio Rockefeller, en la conferencia de prensa que dió con motivo de su retiro de la presidencia del Chasse Manhattan). Pero no se produjo, todavía nada equivalente al Cordobazo y pesa si, enormemente, la derrota, con su secuela de retroceso y desorganización generalizada, del conjunto del movimiento popular. Esta última situación beneficia a Viola, que, además, como es un liberal y no lo perturba ningún delirio comunitarista, como ocurriría con un "nacionalista", no teme intentar haciendo una analogía con experiencias anteriores, ser Levingston y Lanusse al mismo tiempo, pero esta vez, con todo atado y bien atado.

Sobre la descomposición descripta en las páginas precedentes, es que se formula la primera parte del proyecto de Viola, que se podría sintetizar así: la protesta burguesa al poder, en alianza con los militares "nacionales" y por ahora, la clase obrera, totalmente afuera.

Recurriendo nuevamente a las analogías, en vez de Luco; Porcile; en vez de Cordón Aguirre; Liendo. Estos finguen "negociar" con la dirigencia sindical, pero, en términos concretos, no les "consigen" aumentos de salarios y si ésta molesta, la meten presa. El grueso de los dirigentes está en alpargatas, sin estructuras y consciente de la dimensión de la cuña gubernamental de Triaca y su banda, es la primera vez en la historia del movimiento obrero organizado, que el participacionismo es mayoría. Aún cuando esta afirmación pueda relativizarse, porque se refiere a la superestructura de gremios, que intervenidos o no, tienen su dinámica congelada, constituye un indicador importante del retroceso operado. Sin embargo, la maniobra de contar con una porción del sindicalismo subordinado, tiene límites concretos. Le sirve a Viola, quizás, para concurrir a foros internacionales o permitiéndoles ladrar contra el destronado Martínez de Hoz, utilizarlos para mantener a raya, temporariamente, los intentos retornistas de la extrema derecha económica, enquistada en el sector financiero.

En el contexto de la crisis económica actual, la promesa de reimplantar las paritarias así como la de que se permitiría reorganizar entidades de tercer grado, y en general, todo el clima falso de descompresión, que se alienta desde el propio Ministerio de Trabajo, como parte de la maniobra que procura desarrollar una base propia, lo único que logrará será favorecer las condiciones para un alza de

las luchas que rebalsará los marcos, en que tratará de mantenerlas el participacionismo.

La marginación de la clase obrera, que no es, solamente, una necesidad temporaria, sino, la base de su modelo, vuelve más cierta que nunca la conocida verdad de que allí debe asentarse la estrategia del campo revolucionario.

Existen saludables manifestaciones de la reactivación del movimiento obrero, que está recreando, sin sectarismo, organizaciones con una larga tradición en la defensa de los trabajadores.

Aquí debe estar puesto todo el esfuerzo político y organizativo de la militancia peronista, olvidando los estériles enfrentamientos del pasado y superando de conjunto los errores en que todos hemos incurrido. Hay que apoyar, sin vacilaciones, la reconstrucción desde las bases del movimiento obrero.⁽⁶⁾

La primera parte del plan Viola es, entonces, recomponer la alianza con los representantes corporativos de los distintos sectores de las clases dominantes, por el costado de los partidos, ubicándose los militares, como árbitros.

La experiencia histórica indica que lo único que van a lograr es reinstalar, en el seno del estado, con mayor virulencia aún, las contradicciones que enfrentan a estos sectores, fundamentalmente, a la gran burguesía industrial que lidera, el reclamo de los sectores medios, con la burguesía agraria y lateralmente con el sector financiero, estrechamente ligado a ésta, lo que se traducirá, a corto o mediano plazo, en la ruptura vertical de la unidad de las FF.AA. La percepción brutal del fracaso y las presiones contrapuestas ya han erosionado ésta unidad, los primeros síntomas del resquebrajamiento son ya evidentes.

Interesa, ahora, hablar de la intriga política propiamente dicha, o segunda parte del plan de Viola. Este, no difiere demasiado del modelo del "Gran Acuerdo", pero especulan con que operarían, ésta vez, con los grandes factores de oposición extinguidos o controlados; Perón no existe, el campo revolucionario fue diezmado, el movimiento obrero desmembrado y la dirigencia sindical debilitada y en parte manipulada.

(6)- Para los compañeros en el exilio es importante no dejarse confundir ni provocar por el retaceo exclusionista que practican algunos ex-ultraizquierdistas, que hoy pretenden fungir de representantes del sindicalismo en el exterior. Su política se reduce al seguidismo acrítico impregnado de maccarthismo, con el que creen borrar su pasado, y en el grueso de los casos, llegan al extremo de distorsionar las posiciones combativas del movimiento obrero, contribuyendo a aislarlo. Para terminar con el timo del "representacionismo", hay que procurar hablar directamente con los dirigentes obreros y difundir la práctica de las bases.

Resulta sencillo entonces, acordar, primero con lo más débil y dócil de la dirigencia política ⁽⁷⁾, la incorporación del peronismo, que se reduciría al Partido Justicialista, al juego democrático controlado. Claro, que de llegarse al fin de la azarosa ruta acuerdista, el hombre del destino sería Viola. La caricatura del Perón burgués que siempre anhelaron los frigeristas. El sueño del bonapartismo pero ésta vez, auténtico. Su modelo económico es el desarrollismo "aggiornado" con una modesta distribución del ingreso. su sagaz apreciación es que parten de tan atrás que con un poco que aflojen, pueden acumular prestigio en las masas, como lo había hecho -es su lectura- el general Perón del 43' al 45'. En esta misma línea se inscribe la "normalización" sindical que tienen preparada para coronar el acuerdo con la porción claudicante de la dirigencia.

El resto de la maniobra de apertura gira, fundamentalmente, sobre una política de "democratización" formal, que tome distancia de las barbaridades, que intentarán cargárselas a Videla y su período; esto lo lograrían suavizando los aspectos más irritativos para las capas medias, distendiendo la censura de prensa, liberalizando un poco la universidad y aflojando, en general, el terror ejercido sobre el campo de la cultura.

El mayor problema, en lo inmediato, se le presenta en su propio frente interno. Galtieri, el "no-pinochetista", el "mejor que Menéndez", el blando de los "chupaderos", ahora resulta que ruge en nombre de los represores que temen que los malabarismos concluyan en "Nuremberg". Este, es habilmente azuzado por la oligarquía, que en el 12% de retención a las exportaciones se ve venir el IAPI y comienza a revolverse inquieta y a manifestar su oposición. Las declaraciones de todas las entidades rurales presionando a Aguado y el tono, abiertamente provocativo, de La Prensa y La Nación con Viola, corroborarán esto.

El recurso económico clave, aunque no explicitado, sobre el que reposa la esperanza de Viola de remontar la crisis, a mediano plazo, es el impacto del "Commodity Boom" sobre la economía Argentina.

(7)-Conviene observar a quienes se "privilegia", desde el gobierno como "interlocutores válidos" promoviéndolos, así, como conducción. No se trata de los ateneístas sin ateneo, u otros plebeyos que aprendieron urbanidad y han desenfundado el bastón de mariscal, como Matera; tampoco de los que sirven tanto para un barrido como para un fregado, como algunos inefables resucitados. No, la calidad que se requiere es que aún dentro de la crisis de representatividad que los afecta a todos, todavía conserven algo: los dirigentes provinciales. En ese conjunto heterogéneo, donde hay excelentes compañeros encontrarán sin embargo a algunos mediocres ambiciosos, los precursores que se adelantaron, inclusive als inventores de aquello que "ponerse los pantalones largos". Los fundadores del neo-peronismo cuando el líder exiliado era la máxima expresión de intransigencia. Sin embargo, ésta "ranada" violista no parece un gran negocio. La debilidad real de estos sectores radica en que su influencia relativa se manifiesta en las provincias donde el peso de la clase obrera no es decisivo, así su incidencia es nula en Córdoba, Santa Fé o Buenos Aires. Esta verdad evidente no parece desalentar algunos recién llegados que han elegido la adhesión a estas mediocridades solemnes, como camino para redimirse del pecado de haber creído alguna vez (no por mucho tiempo) que era posible hacer una revolución. Su oportunismo corre parejo con su desconocimiento del movimiento peronista, sobre el que, para colmo, pretenden teorizar. Sufrirán una cruel decepción.

La situación de mercado mundial aparece como una fuente inagotable de recursos.

Este hecho beneficioso de por sí, se convierte en los análisis de los derrotistas -sector culto- en el argumento que les permite afirmar, como siempre, la viabilidad de éste plan de dominación o de cualquier otro.

La política de la revolución peronista es denunciar que esa ventaja para el país, quiere ser reducida a privilegio de una minoría. Si es cierto, que esa situación equivaldría, potencialmente, a las reservas acumuladas durante la segunda guerra mundial y que fueron la base material de la primera etapa del gobierno del general Perón, (los mitológicos lingotes de oro que abarrotaban los pasillos del Banco Central), también es cierto que ahora no están en el Banco Central y que hay que impedir que se gasten tirando manteca al techo, si se los quiere invertir en desarrollar una Argentina grande y poderosa para todos los argentinos. Pero, evitar el despilfarro oligárquico e impulsar un desarrollo con justicia social, no se reduce a un problema técnico-económico sino que es esencialmente una cuestión política; únicamente puede hacerse con el concurso de las masas populares. En síntesis, hay que transformar la existencia de esa posibilidad -que se extendería por toda la década- en la bandera número uno de la lucha anti-oligárquica. La oligarquía, con su estúpida y ciega mezquindad, colaborará con esta tarea.

En el marco del análisis de las páginas anteriores, es que se comprenden conductas y actitudes que aparecen, sino, como inexplicables. Por ejemplo, el que Viola desanude su compromiso con la cúpula radical y en respuesta, ésta endurezca, lo que hasta ayer era el ronroneo de una dulce y esperanzada oposición, porque descubre que su papel es secundario, ya que el plan no es diluir al peronismo, expectativa, que esta dirigencia compartía con la izquierda amarilla y que explica las nebulosas declaraciones que durante cinco años encubrieron las ambigüedades, cuando no la complicidad directa con la dictadura. Este endurecimiento si bien para los demócratas apolillados de las direcciones es parte del regateo habitual, contribuirá a precipitar una situación interna conflictiva de vieja data. Es de esperar, que crezca la influencia de las corrientes más intransigentes que han definido públicamente una posición antioligárquica y que rompiendo con una tradición negativa hoy se muestran proclives a formalizar un acuerdo opositor con el peronismo.

La disputa en torno al contenido del "Movimiento de Opinión Nacional" que enfrentó a Harguindeguy con otros asesores de Viola, o la

batalla incruenta por los apetitosos presupuestos de las intendencias de la provincia de Buenos Aires son el reflejo de la resistencia que encuentra el proyecto del presidente en el interior de la propia dictadura.

La ingenuidad del modelo de Viola, radica en su concepción del manejo de los factores, irremediablemente antagónicos, de la crisis argentina. Nos explicamos: en su "democracia integrada", a la oligarquía terrateniente se le extraerían, educadamente, algunas divisas para financiar el desarrollo. La hegemonía, mediatizada y administrada por las FF.AA., la tendría la gran burguesía industrial monopolística. La clase obrera (los "convidados de honor" o "de piedra", según se acepte la versión de Sigaut o de la CGT), en su modelo de concertación compulsivo, debería producir dentro de un marco de "disciplina social", francamente utópico. Ni la oligarquía, ni la clase obrera jugarán, pasivamente, el papel de asignado.

El comportamiento de los sectores económicos, más aún, el de las clases sociales y las fuerzas políticas, que representan en forma relativamente directa sus intereses, no puede ser reglado, programado ni premodelado, como lo intenta Viola, menos aún, sin una base propia y es un poco tarde para él para construísela.

La complejidad de la sociedad civil en la Argentina impide su manipulación, aún desde un estado poderoso como del que dispone Viola. No sorprende que el plan cuente con el beneplácito de los estrategas del MID, es un intento que recuerda al de Frondizi por su torpeza maquillada de viveza y, aunque Viola parezca más fuerte que aquel, su situación es en realidad mucho más difícil. Una simple comparación lo prueba. El cuadro que ofrece la crisis económica es mucho más grave y como ésta vez no pueden culpar a nadie se ha convertido en el factor número uno de inestabilidad.

Los márgenes de maniobra de Frondizi eran más amplios porque se despegó inmediatamente de los latrocinios de la "Libertadora" y tuvo dos años en el llano, para vociferar un discurso opositor. Viola está irremediablemente, identificado en la conciencia popular como uno de los principales responsables de la miseria y de la violencia de los cinco años de dictadura. Apenas insinue sus intenciones de desvincularse de lo actuado, sus mandantes de la junta lo llamarán al orden, como se ha visto en los últimos tironeos.

En fin, la clave del apoyo popular que le permitió a Frondizi convertirse en presidente, fue que firmó un pacto con Perón y no con un notario de provincia.

El presidente de los tres votos está en una trampa de acero: no

puede avanzar porque carece de base propia, si lo hace, inicia un proceso cuyo desarrollo es imprevisible, pero lo que sí es previsible es que difícilmente pueda controlarlo. Si retrocede lo voltearán igual, porque con lo que ya intentó, no es confiable. Si por el equilibrio de fuerzas contrapuestas, no hace nada, que es lo más probable, las contradicciones entre las clases dominantes, más la presión popular -que difícilmente puedan encauzar Porcile y su piara de participacionistas- agravarán, inexorablemente, la crisis, desatando una tempestad en la que él será el primer naufrago.

El éxito de la alquimia social, que exige un bonapartismo verdadero, sólo puede ser creído, a esta altura, por algunas focas amaestradas de la dirigencia tradicional que comparten, con uno que otro ex-guerrillero arrepentido, el "realismo" de ignorar veinticinco años de luchas, victorias y derrotas de la clase obrera peronista. Esta experiencia, que las frustraciones no ha hecho, sino enriquecer, es imborrable de la conciencia de las masas y se va a convertir, con una política revolucionaria, en un poder formidable, sobradamente capaz de demoler un proyecto que se funda en marginarlas del poder político y en mantenerlas en el papel de clases subordinadas.

Para enfrentar con éxito el plan de Viola, esto es, dibujar sobre su ruina inevitable una estrategia de poder popular, hay que tener un análisis correcto de los problemas de fondo de la crisis y sabiendo, como sabemos, que su intento está condenado de antemano, por lo menos, como está concebido, dar la lucha desde la oposición más intransigente y en lo posible, desde el conjunto del movimiento. Lo de la intransigencia, es sencillo. En lo de desde el conjunto, es en lo que hay que poner el esfuerzo. Para hacerlo, hay que estar presente en la lucha de las masas y desde allí, impulsar el debate político e ideológico que demuestre palmariamente, a partir de la experiencia vivida, en consecuencia, conocida por todo el pueblo peronista, la inviabilidad histórica de su proyecto, así, como la futilidad de las demás astucias mogólicas que propondrá el desarrollismo, a medida que la profundización de la crisis quiebre sus expectativas actuales y los empuje al llano. Esta batalla probará que los marginales en el movimiento son los conciliacionistas, porque la marginalidad se medirá con relación al grado de aceptación de una política por las masas peronistas y no, por benevolencia circunstancial de la dictadura hacia tal o cual pretendido dirigente, benevolencia que es el precio por tratar de entrapar al peronismo en un proyecto que contradice su razón de existir.

En el movimiento, asistimos a la acción de pequeños grupos de in-

dividuos que intentan falsificar la historia reciente, con el objeto de desresponsabilizarse del fracaso del gobierno peronista, fracaso que los tuvo como protagonistas. Esto se combina con un gambito que pretende aprovechar la derrota popular, para tratar de administrar una ortodoxia que sus historias personales desmienten. Lo único que admira de su maniobra es su inaudita audacia, que merecería una causa más digna.

De continuar su acción perturbadora, volverá a entronizarse el odio y se facilitará la acción de los que mercan con la lucha interna sobre todo si se insiste desde una legalidad mantenida en algunos casos, a fuerza de buena letra, en arrogarse el derecho de decidir quien es peronista y quien no lo es, en la turbia expectativa de que la policía de la dictadura refrende los veredictos.

En momentos de mayor lucidez, hay quienes autocalificaron su propia función de "conducción circunstancial". Pensaban, seguramente, que esa circunstancialidad podía convertirse en una situación permanente. Esto no era imposible, se trataba de ser consecuente con una política que;..."nos comprometemos a asumir el dolor de aquellos que padecen la cárcel, a través de "actas", "decretos", o "bandos" en las prisiones, embajadas, domicilios y confinamientos; y de los que padecen -y son millones- este exilio interior de la represión, el silencio y el hambre".

En la misma declaración de setiembre de 1979, dada en ocasión de la visita de la CIDH de la O.E.A. a la Argentina, se afirmaba:..."los beneficiarios de la actual situación son y serán nuestros implacables adversarios y sostenemos que quienes se aferran al privilegio no encontrarán otra manera de mantenerlos sino sólo mediante la violación sistemática de los derechos humanos".

En el desorden y la atonía, producto de la derrota y la represión, nadie recordaba en el movimiento quien era el vice-presidente primero en ejercicio del Partido Justicialista. O quien detentaba tal o cual cargo, en estructuras que estaban vaciadas de contenido de masas, además que eran el resultado de una institucionalización producida en condiciones, desde muchos puntos de vista, discutibles. La esperanza renació a partir de esa declaración solitaria y quizás tardía, pero indudablemente valiente, cuyo tono y contenido expresaban el sentimiento colectivo de las amplias mayorías del movimiento, es decir, "de los sin voz".

No enunciaremos un programa, no es nuestro propósito en este trabajo; tampoco pedimos milagros, sencillamente, decimos lo que todo el pueblo conoce: la dictadura no ha dado una respuesta veraz a los recla-

mos de los familiares de los desaparecidos, no ha cesado en las violaciones de los derechos humanos, ni en las persecuciones que, entre otras cosas, obligan a centenares de miles de argentinos a permanecer en el exilio. Las modificaciones realizadas en la política económica no contemplan las necesidades de la clase obrera ni de las capas medias. A la represión contra el movimiento obrero se suman, ahora, las maniobras para dividirlo. No se ha fijado un plazo efectivo para el llamado a elecciones libres, por el contrario, ahora se dice que el próximo presidente también será un militar.

En síntesis, más allá de la comprobación del fracaso, que vuelve más evidentes y monstruosos los crímenes cometidos, nada ha cambiado. ¿Qué justifica entonces, que cambie la actitud del peronismo frente a la dictadura?. ¿Cómo entender, en este contexto, algunos entusiasmos que lo único que hacen es desorientar, confundir desmovilizar?. ¿La declaración de setiembre del '79', se trataría quizás de aquello de: "adelántese por la izquierda y luego retome la derecha"?. Mientras los hechos no lo desmientan, pareciera que es así. Porque desde la mencionada declaración en adelante, en algunas esferas, campea la moderación frente al atropello, la mansedumbre frente a la vejación, el elogio al perseguidor. Todo en un clima generalizado de promesas en voz queda, de consejos de "no hacer ola" y de guiños cancheros, entre los que están en la "cosa". Si se tratase de lo peor, no parece inoportuno recordar que el peronismo ha conocido otros intentos de "alvearización". Se sabe la suerte que han corrido. Para que no exista un peronismo subversivo, no debe existir, tampoco, un peronismo claudicante.

No nos anima ningún espíritu faccioso de reiniciar contiendas, que esperamos superadas por la dura experiencia transitada.

Hemos, en más de una ocasión, planteado, la responsabilidad del conjunto en la construcción de la unidad y consecuentemente hemos trabajado y seguiremos trabajando, unitariamente. Le hemos negado y le negaremos el derecho a los asesinos del 24 de marzo a juzgar a ningún compañero peronista, menos a la Presidente Constitucional, más allá de los errores y las limitaciones de nuestro gobierno. Continuaremos participando y discutiendo democráticamente, todas las propuestas que surjan en el seno del movimiento. Hemos, reiteradas veces, formulado extensas reflexiones autocríticas públicas de los errores propios cometidos, pero no hemos tenido la oportunidad de leer, ni escuchar ninguna, de quienes ocupaban primeros cargos, cuando se hundió el gobierno popular, más bien lo que hemos visto parecen justificaciones.

A esta altura de los acontecimientos, frente a la magnitud del drama argentino nadie tiene derecho a pecar de ingenuo. De nada sirve llamar a la unidad, con aire angelical, con la esperanza secreta de que el resultado de esa loable convocatoria sea que, los convocados se subordinen, posponiendo las legítimas preguntas de : ¿Qué unidad? y ¿ Para qué?.

Nadie ignora que en el peronismo la única unidad posible es en torno a una política. Proponemos, como peronistas, discutir, fraternalmente, cuál es esa política.

Como corriente hemos declarado y lo reiteramos, que reconocíamos a las autoridades del Partido Justicialista, pero como nos lo enseñó el Gral.Perón, sabemos que el Movimiento Peronista no se reduce al Partido Justicialista.

Para que una conducción surgida no importa de que rama del movimiento, ni en que circunstancias, sea reconocida por el conjunto, debe necesariamente, interpretar a ese conjunto. Esto es así porque, históricamente, la legitimidad de una conducción en el movimiento no provino de su origen, sino de que desarrollase una política, sentida por la clase obrera y las masas populares, como la representación de sus intereses y sus expectativas de liberación.

No es el momento de discutir los cargos que por otra parte con un peronismo desmovilizado y desorganizado, poco significan. Ingresar en disputas domésticas es hacerle el juego a la dictadura y sus maniobras divisionistas. Pero sí, insistimos, que es el momento de discutir la política.

La autoridad de las conducciones, ni en vida del general Perón, fue impuesta arbitrariamente, o aceptada por las masas, con independencia de la política que impulsara el dirigente que pretendía ejercer dicha autoridad. Esto fue cierto, aún para los delegados personales del Gral.Perón.Pretender hoy, algo distinto es una insensatez que conduce al aislamiento.

Sabemos que no habrá democracia interna en el movimiento, hasta que no reconquistemos la democracia plena en Argentina. Mientras estamos empeñados en esa lucha, reiteramos que nadie tiene derecho a excluir a nadie ni a pactar en nombre del conjunto. No proceder de acuerdo a esta regla induciría la sospecha que se quiera aprovechar de la situación de emergencia que ha creado en el movimiento la represión, cuyas consecuencias sería largo enumerar y que son conocidas por todos. Y esto, es inaceptable y tendría consecuencias gravísimas porque comprometería la posibilidad de la unidad.

El Partido Justicialista es un instrumento para la lucha electoral, en consecuencia, para que pueda servir a éstos fines debe haber elecciones. Nos parece entonces, de un elemental sentido común, luchar por ellas. No comprendemos las ventajas de declarar - con un airecillo de conductor genial, que denuncia más bien un vientre satisfecho- que " no tenemos prisa", porque esta ruina ya va para el sexto año, porque los detenidos-desaparecidos, los presos, los desocupados, ..." el obrero al que le falta el pan y no le permiten decir que le falta ..." (Decl.del P.J. de set.79'), sí tienen prisa.

Nosotros, con las masas peronistas, hacemos nuestra esa prisa.

9 de junio de 1981

RODOLFO GALIMBERTI.